

## LAS CIUDADES DE LA MARCA MEDIA

### Introducción

Puede considerarse que la denominada Frontera o Marca Media de al-Andalus (**al-Targ al-awsat**) comenzó a configurarse tras la sublevación beréber del año 741, que habría de suponer la práctica despoblación de las tierras de la Meseta Norte —o al menos, su desarticulación política—, originando así un extenso espacio de separación frente al incipiente reino astur. Desde entonces, y en especial desde el ascenso al poder de la dinastía Omeya, los territorios centrales de la Península Ibérica, aquellos situados inmediatamente al sur del Sistema Central (Sierras de Gredos y de Guadarrama), adquirieron un carácter de frontera en el contexto geopolítico de al-Andalus —frente a los reinos hispanocristianos—, que habrían de mantener hasta bien entrado el siglo XII, cuando se consolidó el dominio cristiano en el valle del Tajo.

De límites territoriales un tanto imprecisos, la Marca Media abarcaba los territorios comprendidos entre los valles medio y alto de los ríos Tajo y Guadiana, con una prolongación hacia el norte por el valle del Henares. En tan amplio espacio quedaban englobadas gran parte de las actuales provincias de Toledo, Ciudad Real, Madrid, Cuenca, Guadalajara y Soria. La auténtica línea fronteriza venía demarcada, en gran medida, por la Cordillera Central, en la que los puertos, especialmente los situados en el sector más elevado, adquirirían un gran valor estratégico, pues a través de ellos se encauzaba el paso de mercaderes y de ejércitos, que era necesario controlar.

Este territorio, sometido a unas condiciones climáticas bastante rigurosas, estuvo tradicionalmente poco poblado, y la mayor parte de sus habitantes se concentraron, con preferencia, a lo

largo de los márgenes del Tajo y de sus afluentes (Tajuña, Jarama y Guadarrama), para aprovechar unos mejores recursos económicos y controlar las vías de comunicación naturales en que se constituían. Esta misma situación se mantuvo, en gran medida, tras su ocupación por los musulmanes.

Si antes del siglo VIII el poblamiento era muy disperso y la población escasa, ésta se fue progresivamente incrementando, generando nuevos pequeños núcleos habitados, a medida que se acentuó el carácter fronterizo de esta zona y se procedió a su organización territorial. Fueron, sobre todo, contingentes beréberes, pertenecientes a distintas tribus (Hawwara, Miknasa, Nafza, Mas-muda, etc.), los que se establecieron en estas tierras, generalmente en enclaves elevados, dedicados, de preferencia, a actividades ganaderas, consustanciales con sus zonas de origen.

La ubicación de la Marca Media en el conjunto de al-Andalus, la convertía en una importante zona de paso, lo que se reflejaba en todo el sistema viario que por la misma discurría. Las otras Marcas se comunicaban a través de ella y muchos de los caminos que del sur se dirigían al norte cruzaban por este territorio. Ello suponía que se trataba de una zona bastante transitada, por lo que los principales núcleos de población —en especial los que tenían un marcado carácter urbano— se encontraban ubicados junto a los itinerarios más frecuentados, para proteger y facilitar el tráfico, sobre todo el mercantil.

Los musulmanes siguieron conservando la mayor parte de los caminos que procedían de época romana y visigoda, aunque modificaron algunos de sus tramos al adaptarlos al nuevo replanteamiento en la organización del territorio. Toledo, como centro tradicional del mismo, siempre había estado bien comunicado, especialmente cuando se convirtió en capital de la monarquía visigoda. Sin embargo, muchas de las antiguas vías perdieron importancia en época musulmana, ante las nuevas orientaciones en las comunicaciones, que tendían, fundamentalmente, a enlazar Córdoba, el centro político de al-Andalus, con los principales centros urbanos.

En líneas generales el sistema viario de la Marca Media se vertebró en torno a dos grandes ejes: la antigua calzada que enlazaba Mérida con Zaragoza, y el camino que unía Córdoba con Toledo.

El primero de ellos, tras cruzar el Tajo, discurría al norte de este río, pasando por Talavera y Toledo para proseguir, siguiendo el valle del Henares, por Alcalá, Guadalajara, Sigüenza, Medina-celi, Calatayud y Zaragoza. A lo largo de su recorrido se levantaban fortificaciones y poblaciones, para acoger y proteger a una población relativamente densa.

El otro eje correspondía a un importante camino que, a lo largo de nueve jornadas de viaje, enlazaba Córdoba con Toledo, donde confluía con la calzada anterior. Pasaba por lugares como Caracuel, Calatrava, Malagón y Los Yébenes. Se trataba de una zona poco poblada y, por tanto, insegura, por lo que, a lo largo del mismo se levantaron numerosas fortalezas que servían como puntos de etapa y alojamiento nocturno a los viajeros.

Además de estos dos ejes fundamentales, sobre los que se ubicaban las principales entidades de población, existían otros caminos que enlazaban los demás núcleos habitados y configuraban todo un entramado viario sobre el que se asentaba también el sistema defensivo. Este se orientaba al control de los enclaves más estratégicos: vados de los ríos, cruces de caminos, pasos montañosos, etc.

Como puede deducirse, el valle del Tajo estuvo bien comunicado con el norte y el sur de al-Andalus. Era evidente, por la necesidad de mantener un control sobre esta zona fronteriza, siempre insegura y expuesta a los cada vez más frecuentes ataques cristianos.

\* \* \*

Cuando los musulmanes se asentaron en estos territorios que, con el paso del tiempo iban a configurar la Marca Media, no lo hicieron —salvo algunos casos como Toledo y Talavera— en las antiguas ciudades que aquí existían, lo que facilitó que se acelerase el proceso de decadencia de éstas, hasta el extremo que muchos llegaron prácticamente a desaparecer. Tendieron a establecerse en otros lugares, probablemente aprovechando antiguos emplazamientos abandonados, en los que se fortificaron.

Al asentarse sobre estos nuevos puntos estratégicos, próximos a las antiguas ciudades, se produjo una alteración en la dispersión poblacional, con el traslado de los habitantes de éstas a aquéllos,

provocando su paulatino abandono. El proceso pudo haber sido lento, pero al final, efectivo. Así, Calatrava influyó en el declive de Oreto; Uclés, en el de Segóbriga; Alcalá, en el de Complutum; Cuenca, en el de Valencia; y Zorita, en el de Recópolis. De esta manera, las antiguas ciudades de época romana y visigoda fueron sustituidas por los nuevos núcleos de asentamiento, y la dispersión del hábitat experimentó un cambio significativo.

Se desconocen los auténticos motivos que impulsaron a los musulmanes a actuar de esta manera, pero el hecho evidente es que durante gran parte de los siglos VIII y IX, la vida urbana —tal vez a excepción de Toledo— no debió de tener ninguna incidencia en estas tierras. Una situación similar también se observa en el resto de al-Andalus. Fue en los años finales del siglo IX, durante el Emirato, cuando se produjo una intensificación del fenómeno urbano, consolidando algunas de las antiguas ciudades y creando otras nuevas, por necesidades estratégicas o económicas. La ciudad se convirtió así en un elemento fundamental en la vertebración y control del espacio, por lo que, como ha señalado Christine Mazzoli-Guintard, el poder cordobés eligió sus ciudades.

En la Marca Media, algunos núcleos del hábitat ya existentes y otros que fueron fundados por los musulmanes, incrementaron su población —generalmente por motivos estratégicos en la organización militar del espacio— y se convirtieron en entidades urbanas, aunque no de gran envergadura. De ahí que en este territorio no hubo grandes ciudades, sino urbes medianas y pequeñas, muy vinculadas al entorno rural circundante y enclavadas a lo largo de las más importantes vías de comunicación o formando parte del sistema defensivo, por lo que siempre tuvieron un acusado carácter militar. En ellas residía el representante del poder —omeya o taifa—, establecido en la alcazaba, con una tropa a sus órdenes, dispuesto a controlar el espacio y a su población, para que ésta pagase los impuestos que el sistema político iba a exigir.

Los principales núcleos habitados, aquellos que se identifican con ciudades, son los que aparecen citados en las fuentes escritas, y por ello han sido más estudiados, a diferencia de los núcleos del ámbito rural. Sin embargo, muchos de aquéllos no pasarían de ser aglomeraciones con un marcado carácter rural, siendo el asiento de campesinos y ganaderos que desarrollarían sus acti-

vidades en las tierras del entorno. De ahí que no se pueda establecer una diferenciación —ni social ni económica— tajante entre un ámbito urbano y otro rural, por estar ambos íntimamente conectados.

La pronta condición de frontera de la Marca Media repercutió, evidentemente, en condicionar la peculiaridad de su poblamiento, que siembre habría de tener un acusado carácter militar, reflejado en la abundancia de núcleos fortificados. Efectivamente, cuando la presión cristiana se intensificó en la segunda mitad del siglo X —rebasando, en muchas ocasiones, la propia línea del Tajo—, fue necesario controlar las zonas y los principales pasos por donde las incursiones se realizaban, mediante la creación de enclaves militarizados, para hacer frente a las mismas. Así, como ya se ha señalado anteriormente, fortalezas de muy distinto tipo se erigieron al sur del Sistema Central, en las inmediaciones de los principales pasos montañosos y a lo largo de las más importantes vías de comunicación, para contener cualquier ataque cristiano.

\* \* \*

**Toledo**, como antigua sede de la corte visigoda, continuó manteniendo una primacía urbana que la convirtió en el centro político-administrativo de este territorio, especialmente cuando adquirió una condición fronteriza. Se necesitaba un núcleo importante desde el cual atender a la regulación del sistema fiscal imperante y organizar todo el dispositivo estratégico militar. De ahí la importancia y el poder que asumían los gobernadores enviados a esta ciudad. Sin embargo, Toledo fue una ciudad tradicionalmente poco sumisa al poder Omeya, hasta que Abd al-Rahman III consiguió definitivamente dominarla y pacificarla, en el año 932. Hasta entonces, los esfuerzos de sus antecesores fueron inútiles, a pesar de los distintos sistemas estratégicos que intentaron poner en práctica. Entre ellos, el establecimiento de una especie de entorno militar, durante el emirato de Muhammad I —tras la derrota que éste infringiera a los toledanos junto al arroyo Guazalete—, mediante la fortificación o creación de nuevos enclaves, como Talamanca, Peñafora, Madrid y Zorita, entre otros, para establecer una «frontera interior» frente a la rebelde ciudad, des-

tinada, seguramente, a aislar a los toledanos de posibles apoyos de cristianos del norte o de otras zonas del mismo al-Andalus.

Los motivos de esta permanente insumisión habría que ponerlos en relación, muy posiblemente, con la pervivencia de una fuerte tradición visigoda en la ciudad y el rechazo de sus habitantes a pagar tributos al poder cordobés. Todo lo cual implicó que, como ha indicado acertadamente Eduardo Manzano, en tanto en cuanto Toledo mantuvo una actitud rebelde frente a Córdoba, su papel como centro fronterizo hubo de resultar, por fuerza, extremadamente ambiguo. Por ello, hasta la época del Califato, los territorios entre los valles del Tajo y del Guadiana constituyeron un sector fronterizo extraordinariamente impreciso y muy poco articulado, en el que la autoridad omeya tardó en ser reconocida y aceptada.

Para terminar con aquel estado de insumisión, Abd al-Rahman III se decidió personalmente a intervenir y, en el año 930, al frente de un ejército, llegó ante Toledo. En las proximidades de la ciudad, en una colina, en la última etapa del camino que procedía de Córdoba, mandó al visir Saib ben al-Mundir que edificase un campamento al que denominó Madinat al-Fath (**Ciudad de la Victoria**). Desde aquel lugar, que posiblemente se fortificó con un muro de tapial —cuya ubicación exacta se desconoce—, mantuvo durante dos años el asedio de Toledo hasta que la ciudad, aislada, se rindió y el Califa pudo entrar en ella.

Fue Abd al-Rahman III, el que, tras la pacificación de Toledo, procedió a organizar política, económica y socialmente la Marca Media, instituyendo un control centralizado en Córdoba, mediante el nombramiento de gobernadores, y poniendo las bases para un mejor aprovechamiento de los recursos naturales. Se reorganizó también el sistema defensivo de este territorio que, por su situación, fue el principal soporte de al-Andalus.

Así, Toledo, definitivamente incorporada a la obediencia del poder cordobés, se iniciaba en el papel de centro político e intelectual que luego ampliamente desempeñaría en la centuria siguiente. Sin embargo, en el año 946, ante la creciente presión de los ataques cristianos, el cuartel general de la Marca Media se trasladó a Medinaceli. Pero ello no mermó la importancia de la ciudad y Toledo continuó siendo durante el Califato una de las más ricas y prósperas ciudades de al-Andalus, siempre ensalzada,

con expresiones un tanto exageradas, por los escritores musulmanes.

\* \* \*

Aparte de Toledo, como ya hemos indicado, los demás núcleos urbanos eran de mucha menor envergadura, y su origen, en algunos casos, radicaba en haber sido simples fortalezas que generaron en torno a ellas estructuras urbanas, de las que se desconoce, en gran medida, la auténtica función que pudieron desempeñar, aparte de la simplemente estratégica o militar. Lo que se observa es que ya en el siglo X apenas se llevan a cabo fundaciones de carácter militar —como había ocurrido en la etapa anterior— y lo que se hará es consolidar las estructuras de las mismas, reforzando sus sistemas defensivos.

Para su presentación, agruparemos a los principales núcleos urbanos de la Marca Media en dos apartados. Por una parte, aquellos que se encontraban ubicados en las zonas más fronterizas —es decir, en el valle medio del Tajo— y, por o tro, aquellos establecidos en las tierras de más al interior.

### **Ciudades de frontera**

En el extremo occidental de la Marca Media, y próxima a un vado del Tajo, se encontraba la denominada ciudad de **Vascos**, junto al río Huso, hoy abandonada y convertida en un impresionante conjunto arqueológico-monumental. A pesar de la importancia de sus restos se desconoce el momento preciso de su fundación —aunque en el siglo X estaba ya en pleno auge— y el de su abandono, que posiblemente se efectuaría a finales del siglo XI, tras la ocupación cristiana de la taifa de Toledo por Alfonso VI. Se trata de una fundación omeya, de ocho hectáreas de superficie, tal vez concebida para controlar la serie de calzadas que discurrían por sus inmediaciones y por las que podían penetrar los ataques cristianos tras cruzar la Sierra de Gredos y el vado del Tajo. También pudo haber sido un centro metalúrgico, de trabajo de minerales procedentes de minas cercanas. Debía de ser la cabeza de uno de los distritos territoriales de la cercana Talavera.

En cuanto a su nombre originario, según algunas opiniones podría corresponder al de la ciudad de Nafza, principal asentamiento de la tribu beréber del mismo nombre. Si para los musulmanes el lugar contó con un especial interés —estratégico y económico— no ocurrió lo mismo para los cristianos, los cuales, tras su abandono, no procedieron a su repoblación. De tal suerte que, abandonada la ciudad, quedó cada vez más aislada, lo que ha posibilitado su buen estado de conservación.

Más al este, y controlando un importante puente romano sobre el Tajo, se encontraba **Talavera** (Talabira), con un extenso término territorial, como ciudad-encrucijada a medio camino entre Mérida y Toledo. Fue una típica ciudad de frontera —muy citada por los geógrafos musulmanes— prácticamente hasta comienzos del siglo XIII. Según al-Idrisi fue una gran ciudad, notable por su belleza, su extensión y la variedad de sus producciones. Llegaría a ocupar una superficie de unas dieciocho hectáreas. Debió de acoger a voluntarios dispuestos a enfrentarse a los cristianos, con lo que también, como ha señalado Sergio Martínez Lillo, adquirió un cierto carácter de ribat.

En el año 855 Muhammad I mandó fortificarla, abasteciéndola de tropas mercenarias, tanto para frenar las incursiones de los reyes leoneses como para hostigar a los rebeldes toledanos. Abd al-Rahman III reorganizó posteriormente las defensas de Talavera mandando ejecutar obras importantes —como la alcazaba—, y haciendo de ella un elemento clave en el dispositivo defensivo de esa parte de la Marca Media. Pasó a manos de Alfonso VI cuando este rey ocupó la taifa toledana, pero pronto debió de caer en poder de los almorávides, aunque la poseyeron poco tiempo. Posteriormente, su territorio fue hostigado con frecuencia por los almohades, pero nunca llegaron a tomar la ciudad. El peligro musulmán desapareció definitivamente para esta zona en el año 1212, tras la batalla de las Navas de Tolosa.

Cerca de Talavera la posición de **Maqueda**, fundada en la segunda mitad del siglo X por un piadoso personaje toledano, nunca constituyó una entidad urbana significativa. Su importancia fue, sobre todo, militar.

**Alhamin** (Al-Fahmin), junto al Alberche, era también una posición avanzada en relación con la defensa de Toledo frente a las incursiones cristianas. Debió de ser una entidad urbana muy pe-



queña, aunque con buenos edificios, entre ellos la mezquita aljama. En 930, cuando Abd al-Rahman III se encontraba sitiando Toledo, las gentes principales de Alhamin y Canales acudieron a prestarle acatamiento de sumisión.

En la orilla derecha del río Guadarrama, en el camino de Toledo hacia el norte, se encontraban tres núcleos fortificados que generaron en torno a ellos pequeñas entidades de población, que posiblemente no llegarían a alcanzar la categoría de auténticas ciudades, aunque aparecen citadas con bastante frecuencia. Se trataba de **Olmos** (Walmus), **Canales** y **Calatalifa** (Qalat al-Halfa).

La fundación de **Madrid** (Mayrit), al igual que la de otros puntos cercanos, se debe al emir Muhammad I. Ubicada originariamente sobre una meseta de caída abrupta hacia el río Manzanares, al-Idrisi la describe como una pequeña ciudad, bien poblada. Cuando se fundó debió de abarcar una extensión de cuatro hectáreas, que luego fue creciendo. Controlaba el camino que, paralelo al Sistema Central, comunicaba Mérida, pasando por Talavera, con Zaragoza, sin pasar por Toledo. Los motivos de su fundación radicarían en contener los ataques cristianos procedentes de la Sierra de Guadarrama, que en el siglo IX se intensificaron por esa zona, a la par que, posiblemente, servir para controlar también a la rebelde Toledo. Era también un punto clave para la salida de los ejércitos en los ataques musulmanes que se pudiesen organizar contra el norte.

Su especial carácter fronterizo y la progresiva importancia que fue adquiriendo, hicieron necesario que se fortificase fuertemente, en época de Abd al-Rahman III, para acoger a una población que fue en aumento. Fue también un centro alfarero que destacó por la calidad de sus ollas. En algunos momentos del siglo X llegó a tener sus propios gobernadores nombrados desde Córdoba.

Próxima a Madrid, en la vertiente meridional de la Sierra de Guadarrama y cerca del río Jarama, también Muhammad I mandó fundar **Talamanca** (Talamanka). Estaba destinada, especialmente, a impedir el paso por un antiguo puente a las expediciones cristianas hacia el valle del Tajo, que también habrían de pasar por Madrid. Nunca debió de llegar a constituir una entidad de importancia, aunque en algunos momentos también contó con

gobernadores. Su extensión fue de algo más de siete hectáreas.

Algo más al noroeste, en la vía entre Zaragoza y Toledo, próxima a la antigua Complutum romana y a la actual Alcalá de Henares, se encontraba **Alcalá la Vieja** (Qalat Abd al-Salam). La construcción de un castillo junto al que luego se desarrolló un núcleo urbano, se debió de producir también en la segunda mitad del siglo IX. Como ha señalado Juan Zozaya, es muy posible que durante la etapa del Califato hubiese acrecentado sus fortificaciones y su importancia urbana, tal vez amparada en su condición de centro productor de cerámica. No parece que cayese en manos cristianas cuando el rey Alfonso VI conquistó Toledo en 1085. Sería algo después, y en su ocupación participó el arzobispo toledano don Bernardo, a cuya sede quedaría vinculada como un señorío durante varios siglos.

Próxima a ella, y en la misma ruta, estaba **Guadalajara** (Madinat al-Farag o Wad al-Hiyara), junto al río Henares. Su territorio, en el que se encontraban enclaves como Madrid o Atienza, se reorganizó en el año 920, cuando pasó por allí Abd al-Rahman III y destituyó a los Banu Salim que lo controlaban. Su extensión debió de abarcar unas cuarenta y siete hectáreas. A pesar de anteriores intentos fracasados cristianos, fue también definitivamente conquistada por Alfonso VI.

Cerca de Guadalajara se encontraban **Atienza** y **Sigüenza** que no debieron de constituir enclaves urbanos significativos. Atienza, con una extensión de unas diez hectáreas, tenía adosado un albacar como zona de refugio para el ganado en los momentos de peligro.

Más al norte, **Medinaceli** asumió un importante papel militar cuando Abd al-Rahman III, en el año 946, trasladó a ella, desde Toledo, el cuartel general de la Marca Media, como réplica al avance cristiano al sur del Duero. Según cuenta Ibn Idari, el califa mandó acudir a todos los albañiles de la frontera para construir el recinto y las dependencias de alojamiento de las tropas. Según al-Idrisi fue una ciudad importante, punto central de las actividades militares del general Galib, y luego de Almanzor, contra los vecinos territorios cristianos.

## Ciudades del interior

Como puede comprobarse, los principales núcleos urbanos estaban ubicados en la zona más fronteriza y orientados, por ende, a su defensa. En las tierras de más al interior, las ciudades eran mucho menos numerosas y tal vez también menos pobladas. Asimismo, se encontraban a lo largo de las más importantes vías de comunicación.

En la actual provincia de Cuenca, en lo alto de un cerro, junto al río Guadiela, afluente del Tajo, se encontraba **Santaver** (Santabariya), ciudad de origen romano, en una zona de fuerte implantación beréber —especialmente de la tribu Miknasa—, presta siempre a la revuelta. Próxima al camino que unía Toledo con Zaragoza, fue escenario de múltiples levantamientos desde muy pronto, hasta que Abd al-Rahman III también la sometió. Fue cabeza de un extenso distrito en el que se encontraban pequeños enclaves urbanos como Uclés, Cuenca y Huete. En aquel territorio, desde el siglo IX dominó el linaje de los Zennun (conocidos bajo la forma arabizada de los Din-Nun), de la tribu beréber Hawwara. La importancia de Santaver como núcleo urbano —especialmente militar— debió de ser escasa, aún en su momento de máximo auge a comienzos del siglo X. Se encontraba en una zona pobre, de economía ganadera y de difíciles comunicaciones. Se debió de despoblar tras la conquista de la taifa toledana por Alfonso VI.

**Uclés** (Uqlis) que, según al-Idrisi, fue una ciudad de importancia mediana, se fundó en la segunda mitad del siglo IX por al-Fath b. Musa b. Di n-Nun. Desde entonces sustituyó a la cercana Santaver como cabeza de la cora del mismo nombre.

Tal vez algo antes del gobierno de Abd al-Rahman III se fundase **Zorita** (Suritta), en las inmediaciones de la antigua Recópolis, junto a un vado del Tajo. Fue un territorio ocupado por la tribu beréber Saddina. Al igual que Santaver, también fue un foco de rebeldía frente a Córdoba, encabezado por la familia de los Banu Di n-Nun. Según al-Idrisi, fue una ciudad de mediana importancia. Su extensión abarcaba unas tres hectáreas.

**Cuenca** fue, en origen, una fortificación que también sirvió a las acciones levantiscas de los Banu Di n-Nun. En el siglo XI, convertida ya, según al-Idrisi, en una pequeña ciudad, quedó integra-

da en la taifa de Toledo y destacó por ser la sede de un importante taller de obras de marfil. Posteriormente estuvo en manos de los almohades hasta que Alfonso VIII la conquistó en 1177. Debió de alcanzar una extensión de unas diez hectáreas.

En la región de Cuenca se encontraba **Huete**, una ciudad de mediana importancia, según al-Idrisi. También fue asediada por los almohades, aunque no consiguieron tomarla.

Más al sur, la ciudad más importante era **Calatrava la Vieja** (Qalat Rahba) —nombre de su posible fundador—, junto al Guadiana, dominando un amplio llano. Fue una fundación omeya —ya en tiempos de Abd al-Rahman I—, posiblemente por razones militares: la necesidad de contar con una fortaleza en el territorio manchego que sirviese de etapa a los ejércitos que se dirigían al norte. Como ha señalado Manuel Retuerce, se encontraba estratégicamente situada en el centro de la Meseta Sur y en el cruce de dos importantes caminos: uno, el que, de sur a norte, unía Córdoba con Toledo; y otro, el que enlazaba las costas levantinas con las atlánticas. Su recinto amurallado encerró un espacio de algo más de cuatro hectáreas.

Tuvo un significativo protagonismo en las luchas que enfrentaron a los toledanos con el poder cordobés. Como consecuencia de ellas fue prácticamente destruida por éstos en el año 853, de resultas de lo cual fue mandada reconstruir por el emir Muhammad I, siendo repoblada por gentes procedentes de la antigua Oretó. A partir de entonces, Calatrava se convirtió en el principal bastión de control a la rebelde Toledo. Al tratarse de un importante nudo de comunicaciones, prácticamente con todo al-Andalus, fue un emporio comercial al ser el punto de concentración de caravanas de mercaderes que procedían y se dirigían a lugares muy diversos. De población mayoritariamente beréber, a diferencia de Toledo, siempre fue una ciudad fiel al poder cordobés.

En época almorávide, Calatrava se convirtió en el principal bastión frente al Toledo entonces ya cristiano, hasta que fue ocupada por Alfonso VII en 1147. En 1158, durante el reinado de Sancho III de Castilla, se fundó en ella la Orden Militar que habría de llevar su nombre y su recuerdo. Volvió a manos musulmanas en 1195, tras la victoria almohade sobre el ejército de Alfonso VIII en el vecino lugar de Alarcos. En poder almohade permaneció

hasta el año 1212, en vísperas de la batalla de las Navas de Tolosa, en que caería definitivamente en manos cristianas.

En las proximidades de Calatrava se levantaban los núcleos de **Caracuel** y **Alarcos**, también en la ruta de Córdoba a Toledo. No debieron de alcanzar una auténtica entidad urbana, siendo solamente unos enclaves fortificados, ubicados en lugares estratégicos en el dispositivo de las comunicaciones.

\* \* \*

Aparte de estos enclaves más significativos, por el resto del territorio se dispersaría la población agrupada en pequeñas alquerías. Estas estarían constituidas por un reducido número de viviendas y dependencias anejas —de deficiente calidad constructiva— en las que vivirían grupos de familias dedicadas a labores agrícolas o ganaderas. En unos casos se trataría de familias descendientes de hispano-visigodos convertidos al Islam y en otros de los musulmanes que aquí se establecieron, en especial beréberes. En algunos casos también podrían encontrarse familias mozárabes, sobre todo en los alrededores de Toledo. Algunas de estas alquerías tendrían su origen en pequeñas aldeas de época romana o visigoda, y otras habrían surgido a medida que se reorganizó el territorio tras su ocupación por los musulmanes.

A medida que la implantación musulmana se fue haciendo más efectiva, también se levantaron distintas fortalezas desde las que se procedió a la organización y al control del territorio y de sus gentes. Se trataba, en definitiva, de que éstas reconociesen el poder establecido y que pagasen los impuestos exigidos. Igualmente, en momentos de peligro, esas fortalezas se convertían en puntos de refugio, para acoger a la población y al ganado.

Finalmente, es de señalar que muchas de las ciudades fundadas por los musulmanes solamente pervivieron mientras ellos las ocuparon. Generalmente habían sido levantadas en lugares de vida difícil, de suelo pobre, con dificultades en el abastecimiento de agua y atendiendo a una finalidad exclusivamente militar que, cuando desapareció tras la ocupación cristiana, conllevó su paulatino abandono. Al dejar de existir la frontera, que durante varios siglos se había mantenido, algunos de aquellos enclaves perdieron el sentido originario en función del cual habían nacido. Si

para los musulmanes habían tenido un sentido militar y estratégico, ya no fue así para los intereses cristianos. De esta manera, poblaciones como Vascos, Calatalifa, Santaver, Calatrava, etcétera, hoy se encuentran entre las ciudades yermas hispano-musulmanas.

RICARDO IZQUIERDO BENITO